

Las rebuscadoras de la rumba



Edison Monroy*

edison_monroy@yahoo.com

A las 11:30 p.m. llega el momento que más odia Luz Dary: su turno para realizar el show de *striptease*. No obstante, en la cara de esta morena de 31 años, se dibuja una sonrisa ficticia y al son del *raggaetón* empieza a quitarse la ropa ante la mirada libidinosa de alrededor de veinte hombres que se encuentran en un bar de la Primera de Mayo, sector conocido como la zona rosa del sur —también el norte del sur— de Bogotá.

Todas las miradas apuntan hacia ella. Los hombres se quedan absortos, sin palabras, al ver como esa torneada figura de mujer enclaustrada en unos *jeans* bien apretados y en una blusa negra que deja al descubierto su ombligo, se bambolea ante sus ojos. Se trata de Alejandra, una mona de rasgos delicados de tan sólo 20 años, quien sin ninguna obligación, al igual que sus compañeras, se subió a la barra de madera y comenzó a bailar con movimientos insinuantes una canción de ritmo *House*. Se encuentra en una discoteca de la zona rosa del norte de la ciudad en donde trabaja como *barthender* (lo que en español podría traducirse como mesera, camarera o incluso cantinera, pero de lugares “bien”, es decir, de estrato alto) y aunque su función sólo consiste en servir tragos, por gusto a esta hora de la noche, las 11:30, deleita al público con un baile muy sensual.

—“¿No te han dicho nunca que te pareces mucho a Rosemary Bohórquez?”, pregunta un joven universitario de pelo abundante y ondulado que se encuentra en un bar de la calle 75.

—“Sí. Una que otra vez”, responde Mariana mientras que le pica el ojo a su interlocutor. Eso sí, ella no le cuenta que su pelo está pintado de rubio y que también tiene puestos unos lentes de contacto verdes para, además de verse sexy, lograr un mayor parecido con la famosa actriz de telenovelas. Mariana es una mujer de 37 años que trabaja como tequilera

▷▷ * Estudiante de Comunicación de la Universidad Sergio Arboleda.
Taller Biblioteca Virgilio Barco.

(vende tragos de este licor mexicano vestida como vaquera) en las zonas de rumba universitaria, especialmente las de las calles 51 y 75.

♦ Show a \$2.000 por cabeza

“Micaela enferma, enferma de amor, le dice a su papá que la lleve al doctor / El doctor le pone la mano en el pecho, Micaela dice: por ahí no hay derecho”, dice parte de la canción con la que Luz Dary, que viste un traje semitransparente de color rojo parecido al de las árabes, empieza su show, por el que los asistentes tan sólo han pagado alrededor de \$2.000. Incluso, minutos antes, cuando esta morena de baja estatura pasó puesto por puesto rogando que le colaboraran con dinero para el acto, hubo quienes se negaron.

Por situaciones humillantes como esta, Luz Dary lamenta haberse venido de su pueblo natal, Buenaventura, a conseguir un trabajo bien pago. *“Mi hermana me dijo que acá en Bogotá me tenía el súper trabajo, el que me iba a poner a comer bien a mis hijos y a mí. Pero cuando llegué me encontré con esto: un bar en el que por unos pocos pesos unos manes miran felices como uno se empelota. Pero, ya qué, igual en otras partes también pagan mal por hacer más cosas”,* afirma esta morena de pelo negro y grueso, quién lleva sólo un mes en Bogotá y vive en una casa en arriendo en Bosa, en el sur de la ciudad. Allá la recibió su hermana, otra mulata pero mucho más alta, que trabaja en ese mismo bar.

En contraste, la *barthender* Alejandra no se ha tenido que quitar ni una sola prenda para que los clientes que asisten a esta discoteca del norte le hayan dado propinas de hasta \$20.000. A esto se le suma los \$70.000 que le pagan por su trabajo y los más de \$10.000 que se gana gracias al 10% que le restan al total de consumo de la noche y que se divide en los cuatro *barthenders* que hay, más el D’J. Eso sí, además de servir tragos, gaseosas y demás, la bella rubia ha tenido que aguantarse la mirada lujuriosa de los cientos de hombres que cada vez que le hablan apuntan los ojos hacia sus voluptuosos y turgentes senos que parecen no tener un centímetro cúbico de silicona porque no son tan redondos, ni tan parados y erguidos como los falsos que lucen algunas modelos.

Aleja, como le gusta que la llamen, ya está acostumbrada a que la miren todo el tiempo, a que los hombres y a veces las mujeres le coqueteen. Es más, en cierto modo le gusta que la observen, no que la desvistan con la mirada, sino que simplemente admiren su belleza. Tal vez, a causa de esa misma condición es que desde hace dos años decidió estudiar actuación, estudios que alterna con la presentación de un programa de música —que se emite en un canal de televisión por suscripción— y también con el trabajo de *barthender*, que le permite obtener el dinero suficiente para comprarse sus caprichos: ropa de marca como *jeans Diesel* o blusas *Lacoste*. *“Las miradas siempre estarán, pero uno debe tranquilizarse y pensar que mientras no te toquen ni te hagan algo, no hay nada de malo”,* dice Alejandra, mientras recuerda que desde los 17 años, cuando trabajaba ilegalmente, ha servido tragos en los sitios de rumba más reconocidos del norte de Bogotá, los mejores de la calle 82 y otros aledaños al parque de la 93.

♦ A mayor seducción, mejores propinas

El caso de Mariana es parecido al de Alejandra. A ella tampoco le molesta mucho que los hombres la miren como un objeto de deseo. Es más, la tequilera considera que si no fuera por que los hombres la consideran atractiva, no vendería un solo trago en toda la noche. Por esa razón, los días en que sale a trabajar —viernes, sábados y también domingos cuando hay lunes festivos— intenta vestir de la forma más seductora posible: una blusa negra con un profundo escote que deja entrever unos senos que parecen desafiar la gravedad, lo cual posiblemente indica que no son naturales. También viste un pantalón del mismo color de la blusa, que tiene bordadas en dorado las letras del nombre del tequila que vende. Esta prenda, estratégicamente ajustada, resalta su pequeño pero a la vez empinado trasero. Y lleva puestas unas botas negras de tacón alto que tiene que rellenar con periódico para que se le ajusten y le hormen lo mejor posible, con el fin de que sus piernas no se vean tan flacas.

Al igual que Luz Dary, Mariana también vino a Bogotá en busca de un mejor futuro. Llegó proveniente de su natal Cali hace más de diez años, junto con sus dos hijas —que en ese momento tenían siete y cinco años— y con su esposo. Ella era recién egresada de Licenciatura Infantil y se proponía escribir cartillas de enseñanza para luego venderlas a colegios privados o distritales. En un principio le fue bien, pero luego llegaron los problemas con su marido, algo que desencadenó una serie de peleas y al final la separación. Como él era su socio, el negocio se dañó porque ya no tuvo el dinero suficiente para los materiales y por eso dejó esa labor. Intentó buscar trabajo como profesora e incluso reemplazó provisionalmente a una maestra de un colegio del sur de la ciudad. Sin embargo, el salario no era muy bueno por lo que cuando, hace tres años, le dijeron cuánto podía ganar como tequilera, decidió cambiar los salones por las discotecas. *“En una noche depende de las botellas, uno se puede hacer entre \$60.000 y \$120.000, pero como yo, además, dirijo a las otras niñas, pues me dan un dinero extra”*, afirma esta mujer de 37 años, que vive en la 80 con 13, muy cerca de la zona rosa donde trabaja.

♦ La noche sí distingue

Por su parte, Luz Dary gana entre \$30.000 y \$60.000 diarios, aunque pudiera ganar más si se acostara con sus clientes, cosa que sí hacen ilegalmente algunas de sus demás compañeras de trabajo, pues el lugar donde trabaja no es un prostíbulo sino un bar en donde las meseras atienden con ropa muy sexy, y además hacen *striptease* cada media o una hora, dependiendo de la cantidad de público. A Luz Dary le han propuesto varias veces que tenga relaciones con los clientes, pero ella se ha negado porque no quiere convertirse en una prostituta. También teme que por andar en esas, quede nuevamente embarazada. Si eso sucediera, sería el sexto hijo que traería a este mundo. Los cinco que tiene los tuvo entre los 15 y 24 años de edad, cuando todavía vivía en Buenaventura. No obstante, acá solo vive con una niña de 13 años, que cree que su mamá y su tía trabajan en un restaurante que abre las 24 horas y a ellas les toca el turno de la noche. *“Espero que no llegue el*

momento en que tenga que contarle lo que hago, aunque lo único que tiene esto de malo sea la empelotada. Es que yo aspiro tener en algún tiempo un mejor trabajo, o al menos uno en el que pueda ver a mi hija más seguido”, dice.

En contraposición, los padres de Alejandra, con los que aún vive, sí saben que ella es *barthender* de una discoteca. No le ven nada de malo. Por el contrario, creen que es una buena forma de que su hija empiece a hacer su propio dinero, a independizarse, lo cual no quiere decir que Alejandra esté pensando en irse de la casa. Ella es muy consentida y por el momento quiere seguir viviendo con sus padres, sus dos hermanos menores y su perro *Golden Retriever*, en su casa ubicada en el barrio Mazuren, al norte de la ciudad.

Por su parte, las hijas de Mariana, la tequilera, también saben que ella tiene ese trabajo. Ellas, que ahora tienen 18 y 16, años, ven a su mamá como lo que en realidad parece de ellas: una amiga mayor. Su relación es tan estrecha que en varias ocasiones han salido a rumbear juntas a los sitios más exclusivos de música electrónica en Bogotá, pues a las tres les gusta ese tipo de canciones. Además, Mariana también espera que su novio muy pronto se vaya vivir con ella. Él es un joven de sólo 20 años, que conoció cuando realizaba su trabajo. Según Mariana, lo que la enamoró de él fue, aparte del físico, su actitud madura.

Todas las noches, o mejor mañanas —pues a eso de las tres o cuatro de la madrugada—, cuando la jornada de Mariana termina, su novio la recoge en el carro de sus papás o en taxi. A Alejandra la lleva su jefe. En cambio, a Luz Dary le toca coger taxi junto con su hermana, o en el peor de los casos, cuando tiene que ahorrar para el arriendo, como varios de los rebuscadores de rumba, espera el colectivo que, sorprendentemente, a esas horas pasa cada 30 o 45 minutos. Así es como, aunque la rumba acaba, la travesía para Luz Dary no termina. Tendrá que esperar cerca de una hora antes de poder descansar en su cama. Para entonces, Mariana ya habrá comido algo con su novio y estará terminando la rumba en una discoteca del norte. Por su parte, Alejandra, con un poco de agotamiento, pero también con una buena suma de dinero, acostada en su cama doble pensará qué clase de ropa comprará en la tarde.